

LOS VERSOS DE CORDELIA

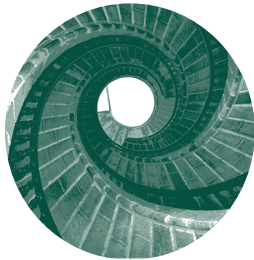
XVIII PREMIO DE POESÍA ELADIO CABAÑERO

Un jurado presidido por Raúl Zatón Casero y compuesto por Luis Alberto de Cuenca y Prado, Guadalupe Grande Aguirre y Jesús Urceloy, con Victoria Bolós Montero como secretaria, concedió por unanimidad a *Al final de la escalera*, de Enrique Gracia Trinidad, el *XVIII Premio de Poesía Eladio Cabañero*, convocado por el Ayuntamiento de Tomelloso.



23
LOS VERSOS DE CORDELIA

Al Final de la Escalera



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, septiembre de 2015

Edita: Reino de Cordelia

Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

© Enrique Gracia Trinidad, 2015



Área de Cultura



Esta obra, premio Eladio Cabañero del Ayuntamiento de Tomelloso, ha sido publicada con el patrocinio de VERUM Bodegas y Viñedos

IBIC: DCF

ISBN: 978-84-15973-68-3

Depósito legal: M- 2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Al Final de la Escalera

Enrique Gracia Trinidad



Índice

I. TRAMO A TRAMO	15
Cuando no tuve nada importante que hacer	17
Gregory Corso en la escalera	19
La última copa	21
Un día de lo más vulgar	23
Vamos a ir por delante	25
«Con la cabeza muy alta» (Imitación de Miguel Hernández en la Av. de Cantabria esquina a Little Big Horn)	27
Llega otra carta de la Reina invitando a un recital en el Palacio de Oriente	29
Amargo	31
Ritual de amanecida	33
Doble sombra	35
Tú y yo y el tiempo	37

Filogenia	39
¿Podrás?	43
<i>Nessun Dorma</i>	45
Patria	47
Parte de exilio	49
Algo	51
II CON EL OFICIO A CUESTAS	53
El fin de tanta osadía	55
Mucho me temo	57
«Mis árboles que no serán los tuyos»	59
¿Te atreverías?	61
A vueltas con la gramática, apoyado en la mesa con un lápiz	63
A brazo partido	65
Escritura y vida	67

« <i>Haz un poema de eso si te atreves</i> »	69
A fin de cuentas	71
III AZOTEA	73
Todo (recordando a José Hierro)	75
El primer desahucio	77
Otra manera de llorar	79
Respuesta de Job a Dios	81
Una condición desesperante	83
Mal despertar	85
Cuéntame una historia	87
<i>Dolce far niente</i>	91
Memorial de esta tarde	93
Umbrío	95
Desechable	97
Teoría de los puentes	99

A Soledad, con la que comparto
cada descansillo de esta escalera.

I
TRAMO A TRAMO

Cuando no tuve nada importante que hacer

TRABAJÉ EN MUCHOS sitios imposibles,
en oficios absurdos y ridículos.

He sido porque sí:

Restaurador del cuarto menguante de la Luna,
crupier en una mesa en que jugaban
a la ruleta rusa o al simple desamparo,
conservador del horizonte
—eso siempre por horas y en las tardes nubosas—,
albacea del tiempo por venir,
conductor de un ilustre carromato de feria que perseguía la justicia,
distribuidor a domicilio de sensaciones imposibles,
pescador en un barco que se matriculó como patera,
sacerdote del dios desconocido que aún lo sigue siendo.
cocinero del hambre sin fogones ni plato ni cuchara,
monaguillo de alguna misa negra
que terminó en guateque deslucido,

ladrón de guante roto algunos viernes. Los sábados libraba.

Me desgané la vida como pude:
He vendido la droga de los sueños
a la puerta de alguna residencia de ancianos;
canté —muy mal, por cierto— en un mariachi turbulento y triste;
zurcí suicidios y pinté esperanza, la restauré después,
al cabo de los años, para que siga viéndose a lo lejos;
eucalicé los ruidos en un andén del metro
y el canto de los grillos en un solar de las afueras del silencio;
recogí los misterios de la vida
que abandonaban los adolescentes en las terrazas de los bares;
clasifiqué y almacené la risa, la ironía, la burla y el sarcasmo;
pregoné los poemas de la desolación.

Fui lo que nadie quiso ser, no me arrepiento.
Ahora que ha llegado la edad de jubilarme,
me niegan la pensión por inconstante.

Me ofreceré de voluntario en el Armagedón,
afinando trompetas,
o sacándole brillo a la guadaña.

Curso en la escalera

Subí seis tramos de escalera
hasta mi cuarto amueblado,
abrí la ventana
y empecé a tirar
las cosas más importantes de la vida.

GRÉGORY CORSO

¿Y QUÉ IMPORTA subir una escalera,
llegar arriba, ver el mundo...?
Ni siquiera bajar para contarlo es importante.
Lo mejor en las muchas escaleras
de este planeta en guerra sin cuartel,
es saber que uno puede detenerse
en cualquier escalón, subas o bajas,
para mirar la luz que es diferente
según cambia de altura y ama cada peldaño.

Lo más hermoso es sentir algún pie
que pisó un descansillo,
una mano que hurgó en la barandilla,

un sueño que subió, esa tristeza que bajó,
o quizás al revés; sentir, vivir
cada fortuna y cada desengaño,
cada tiempo y su amarga soledad,
cada alegre fracaso
o cada triunfo que se vuelve turbio.

Cuando llegas al fin de la escalera
hay que tirar las cosas importantes
de la vida, si es eso lo que quieres,
a través de la ventana
como hizo aquel poeta impertinente,
o dejarlas al fondo del armario.

Pero la auténtica fortuna está
a lo largo de toda la escalera
subiendo a veces y bajando siempre.

La última copa

A Manuel Martínez-Carrasco

NO ENTIENDO que la última copa se ponga impertinente,
te lo juro, no entiendo.

Y qué voy a decirte a ti que sabes
de copas más que el jueves santo y seña,
pirata en Maracaibo,
marqués de la resaca,
lúcido personaje de novela más negra que mi alma,
perdulario truhán y bonachón,
dipsómano feliz.

La última copa siempre, al filo de la noche,
cuando el del bar nos dice que no sirve ya más,
que hay que marcharse,
cuando la penas nadan como nadie,
y el propósito era seguir la farra sin descanso

hasta que se borrasen los recuerdos
al menos unas horas.

La última copa se desborda y ríe,
y sospechamos que es por culpa nuestra.

«*Señores, que cerramos*».
Tendrá razón, pero maldita sea.

Un día de lo más vulgar

A Enrique Valle

HOY NO ha venido un cristo
para multiplicar los panes y los peces.
La muerte no ha dejado su tarea
ni se sentó en la terraza de un bar
para tomar una cerveza.
Amaneció como acostumbra,
lentamente,
pero la luz no trajo nada nuevo.

Hoy son más pobres los que siempre fueron
y aumenta su poder el poderoso.
Se ha enfriado el café de la mañana
y continúa la esperanza
sin atreverse, sin comparecer,
sin dar la cara.

Es un día canalla, un día insípido,
un pedazo de nada que atraviesa las horas.
Hoy hay tristeza y hambre y soledad,
preguntas ciegas y respuestas sordas.

En un día tan simple y chabacano
solo podemos apretar los dientes,
unir hombro con hombro y procurar
que acabe la jornada
sin más dolor del que nació con ella.

No podrá con nosotros este día.

Vamos a ir por delante

A mi hermana Alicia

Antes de que llegue el fin del mundo, una mujer volverá de la compra con un yogur caducado. No tuvo para más.

Antes del ángel del exterminio, alguien resistirá frente a la adversidad, se ganará los besos y la risa. Tendrá sueño.

Antes de las trompetas cantará un mirlo.

Antes de que quien corresponda llame a resucitar, algunos habremos hecho rebelde juramento de no volver.

Antes de que algún juez supremo pretenda juzgar al mundo, se habrá acabado la cerveza en el bar de la esquina.

Antes de Ragnarök, estaremos ya hartos de batallas. Nada nos asustará.

Antes de que los dioses se venguen de nosotros, viajaremos al mar para comer paella y ajoaceite.

Antes de que la Puta de Babilonia nos mire de reojo, estaremos de vuelta.

Antes de que Visnú traiga la última oscuridad, habremos encendido la luz de la mesilla y estaremos hablando de Aristóteles.

Antes de que Nostradamus sepa si tiene razón, habremos recogido la cocina y fregado los platos, ¿qué comemos mañana?

«Con la cabeza bien alta»

(Imitación de Miguel Hernández en la
Av. de Cantabria esquina a Little Big Horn)

SE PIENSA JOVEN y recuerda, claro,
que la luz era el tiempo detenido,
la insolencia de fatuo adolescente,
de fuerza sin medida, fuerza ciega,
imprevisible, impertinente, lúcida.

Ya no es joven ni es ruido ni es soberbia,
pero resignación tampoco.

Dice

que ha decidido soportar la ruina
mientras desdeña su dolor de espalda,
las ojeras y el gesto de fatiga
que le regalan cuestas y escaleras.

Nada de conformarse, nunca, nunca,
jamás.

Lo ha decidido firmemente.
La rendición no cuenta en sus agendas.

Hay que alzar la cabeza ante la vida
y jugar este juego hasta el final.

Hay que morir con las botas puestas.